

UN PASE AL GUARDACOSTAS *PUEYRREDÓN*



JORGE FEDERICO SCHWARZ

127

El capitán de navío **Jorge Federico Schwarz**, egresó de la Escuela Naval en 1947. Pertenece a la promoción 74 y pasó a retiro voluntario en 1973.

Fue Asesor de la Armada en Relaciones Internacionales. Es experto en Contaminación del Mar, escritor sobre Contaminación Marina y autor del libro "El Caso Metula" editado por el Instituto de Publicaciones Navales.

Pintor Marinista con numerosas obras, autor del poster sobre el crucero *General Belgrano* en 1982, la mayólica sobre el mismo buque de la estación Juramento SBA y Hospital de Clínicas.

Frecuente colaborador de este Boletín bajo seudónimo "Tuk".

BOLETÍN DEL CENTRO AVAL

Número 801 Volumen 119

Enero, febrero y marzo de 2001

Recibido: 25 de setiembre de 2000



ra un buque grande, de esos que uno puede recorrer durante días y sin embargo siempre conservan un misterio por descubrir, una cubierta no vista, un compartimiento ignorado.

En su momento, representó uno de los factores de poder que pesó en el arreglo de límites con Chile, junto con sus casi gemelos *Garibaldi*, *Belgrano* y *San Martín*.

Ahora, [por ese entonces], el *Pueyrredón* habíase relegado a funciones más primarias, amarinamiento de alumnos de escuelas, adiestramiento de spotters y dotaciones de piezas y otras tantas que aunque pequeñas, no dejaban de ser trascendentes.

Llegué de pase un enero hace más de cincuenta años, ostentando mis nuevitos galones de teniente de corbeta y allí mismo, sin mucha ceremonia me zamparon varios cargos, muy importantes por cierto, Comunicaciones, Detall, Ayudante de Navegación y Reparaciones. ¿Quién no recibe Detall siendo el último orejón del buque?

No me quejaba, porque merced a ello, controlaba la manguera de la información, a la par del peluquero; por este motivo se me miraba con cierto respeto y podría decirse que ello disimulaba la poca manga de mi galón.

El Comandante, el que en voz muy queda tenía su apodo por lo delgado, era un hombre alto, circunspecto y de pocas palabras. Cuando decía –Hum..., indicaba que la cosa estaba aceptada... a medias. Cuando decía –Ajá, ..., era decididamente positivo, cosa que muy raramente escuché. No puedo recordar un gesto de aprobación rotunda, contundente, cosa impropia de un Comandante prudente. Pero todo ello era una pantalla; detrás se escondía un caballero, honesto a carta cabal, de aquellos productos que la famosa Escuela Naval pudo forjar a manos de Oficiales y Profesores cuya ética se escribió siempre con mayúscula.

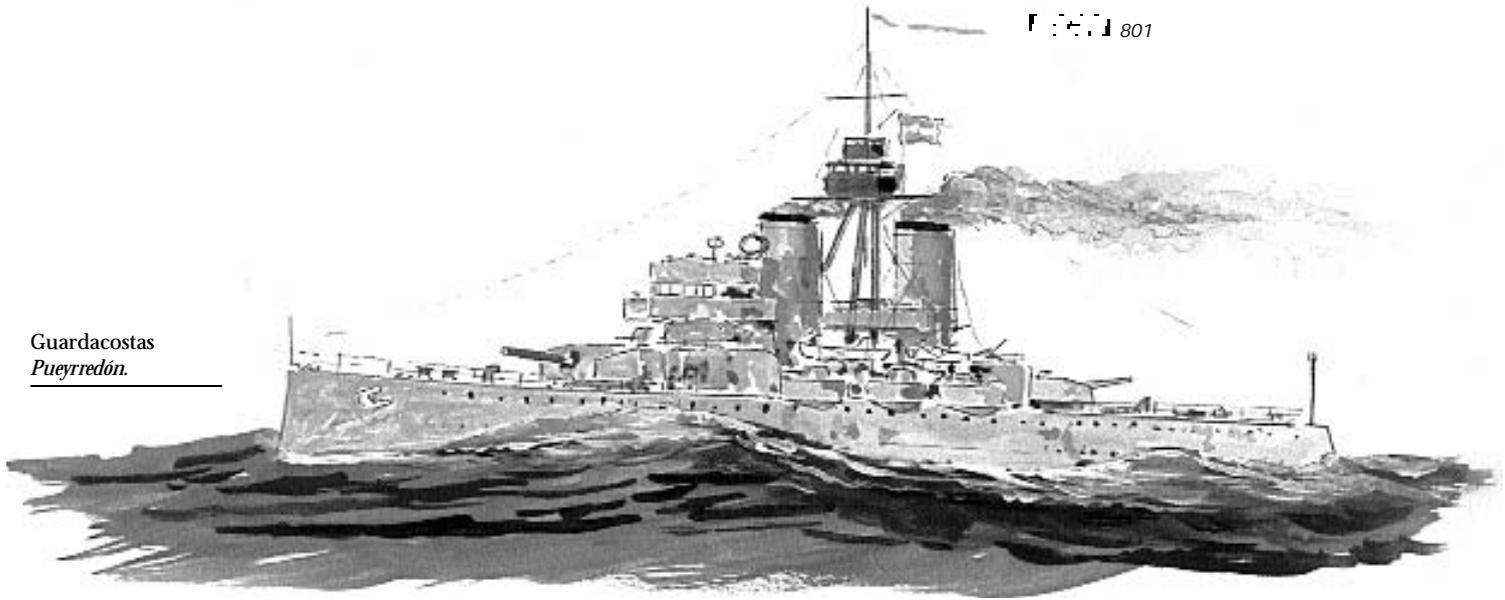
Vivía en el "Palacio" allá a popa, rodeado por la "boacerí" de fina madera lustrada, atendido por su mayordomo, dos mozos y un asistente. Todo ello, unido a la distancia que mantenía con la Plana Mayor, contribuía a vérselo rodeado de cierta ola de misterio.

El Segundo, como el anterior, también era descendiente, por su apellido, de la madre patria, sin que ello suponga desmedro alguno. Puede decirse que casi todo el buque era gaita, hasta el cabo Pérez, Subjefe de Marinería, título honorario que yo me encargué de endilgarle informalmente, con gran satisfacción de aquél. En cuanto a mí, tampoco me salvé y me llamaban "el suizo".

Dice un proverbio marinerero que es bueno saber de qué país son los ancestros de cada Oficial, para saber para que lado tirar cuando las papas queman.

También el Segundo exhibía su delgadez, pero de aquellas más normales, de las que se conservan para no verse en

Guardacostas
Pueyrredón.



la necesidad de renovar el guardarropa, distraiendo su escaso presupuesto mensual. Tenía un bigotito mezcla de francés e italiano, muy cuidado, que nos ayudaba a detectar su estado de ánimo. Cuando aquel adorno se ladeaba, quería decir que tenía serias dudas sobre las bondades del asunto en ciernes.

Se mantenía compenetrado de sus serias responsabilidades, la calidad del Rancho, el bienestar del Personal, y la población de ladillas, esto último compartido con el Jefe de Sanidad, otro descendiente del mismo origen ancestral, alto, rubio, erguido, bigote similar, muy de moda en aquella época.

Tenía un apellido que dio lugar a un serio equívoco con el Centinela del Portalón el día que llegó de pase, vestido de civil, al punto que, cuando el doctor le dijo, -"Yo soy...", el correntino no pudo con su genio y espontáneamente le contestó -"Si vos sos..., yo soy Mambrú...", circunstancia por la que se comió una cana épica. Después de eso, la tripulación se dio por enterada y aceptó la anomalía sin más comentarios. El problema sobre la conveniencia de asignar correntinos como centinelas en el

portalón principal fue tema de una seria discusión, doy fe.

No puedo dejar de nombrar al Jefe de Máquinas, porque rompía la regla, ya que era descendiente de italianos, lo mismo que el buque y pese a las innumerables calderas y a las dos brutales máquinas alternativas que el buque portaba, se aburría un poco, tal vez porque eran del mismo origen. Pero la realidad era que el material era de buena calidad y marchaba como un violín, pese a su edad.

Lo menciono porque tenía un aposento envidiable, un dormitorio, baño privado, una sala de estar, todo sumamente cómodo, independiente y muy importante para este relato. Una persona sumamente agradable, dicharachero y ameno en sus chistes, de los que no abusaba y pese a lo anterior, muy buen profesional.

Después... después venía un grupo "Tripolitania" de desbordante cantidad de tenientes de navío, que formaban una legión siempre unida, perfectamente aceitada y dispuesta para la farra y por supuesto... para las bromas.

Como vagón de cola de esta legión había algunos guardia-

marinas, de distintas orientaciones que presesionaban al son de sus jefes... y yo... el suizo.

Bien, ahora que conocemos el medio en el que nos desplazamos, podemos soltar amarras y ver qué pasó, aunque por cierto será un relato intrascendente.

Las primeras navegaciones fueron dos, no muy alejadas, de esas para "tenerlos entretenidos mientras hacemos desinfección en el lugar de origen". Embarcaron la Escuela de Mecánica y la Escuela Naval; las dos etapas hasta frente a Río Santiago; fondear, maniobra de embarcaciones, guardias, mojate los pies con arena y piazabal en la mano, aprovechando el fresquito de las mañanas de otoño.

130 A la segunda salida, [ya tenía la experiencia de la primera] todo el mundo estaba compenetrado de los horarios. Me referí a la rutina del Comandante, del Segundo, del horario de los distintos ranchos para reponer energías y de la muy importante cantina.

Yo lo descubrí al fin de la primera etapa. Los tenientes de navío descargaban su energía después de la cena jugando al "Rumy", una especie de canasta primitiva. Al llegar las 2300, todos y por turno hacían teatrales ademanes de sueño, tapándose exagerados bostezos, tratando de inducirlos en el Segundo, quien no tardaba en despedirse con un buenas noches. Por turno y con discreción se filtraban en la cueva del jefe de máquinas, donde le daban a las cartas en un juego más intelectual, por porotos y hasta la madrugada. Algo había que hacer para matar el tedio, aunque la versión oficial era que se trataba de un entrenamiento cultural imprescindible para alcanzar el grado de Oficial Superior.

Después del lavado, el Comandante salía a cubierta para practicar su "aerobin", caminando desde el portaespía de popa hasta el mamparo acorazado del centro, costumbre muy en boga en aquel tiempo, cumpliendo el doble propósito de inspeccionar el estado de la madera y la bondad del

lavado, así como el lustrado de los bronces. Ese momento era esperado por el grupillo de transnochadores, que aparecían religiosamente a intervalos cronometrados por el tambucho de más a popa, se hacían notar con un "buen día señor Comandante", zambulléndose por el otro, directo a sus camarotes, para reponerse del esfuerzo cultural nocturno.

Personalmente, me despertaba mi asistente con un mate [con bombilla] y un segundo al higienizarme.

De acuerdo con mi grado debía asistir a la formación de armar trabajo, cosa que casi siempre cumplía y si a caso me raboneaba, guardaba la costumbre previsora de los suizos, de dar las órdenes al cabo Pérez la noche anterior.

Luego de pabellón, correspondía darme una vuelta por mis abundantes cargos, para luego aparejar por la peluquería, donde su titular me imponía de todos los chimentos más importantes, a lo que yo, en retribución, le transfería los míos, mientras era afeitado prolijamente a la navaja, todo ello algo así como moneda de cambio. Yo era, como se imaginarán, fuente de valiosa información para el sector subalterno, como Jefe de Comunicaciones y habitué de la Cámara de Oficiales, cosa que el peluquero explotaba en su beneficio, a raíz de lo cual había adquirido una posición respetada entre sus congéneres, alcanzando la jerarquía que detentaban los mayordomos.

Debo aclarar que nunca, nunca más en mi vida tuve el placer, después de abandonar el Pueyrredón, de ser afeitado a la navaja, ni aun hoy, en mi modesto retiro.

Para la segunda etapa, recordando lo aburrido de la primera, se me ocurrió inventar algo y habiendo sido nombrado gamelero, pensé en lo divertido y variado que sería ofrecer cada día un menú distinto que recordara un país en particular. Así el lunes se lo dediqué a Italia con unas pizzas bárbaras, naturalmente complementado con otros platos del clásico "sop-tor-bif", ya que todos tenían bodegas espacio-

sas. El martes, fue dedicado a la madre patria; el miércoles, a Francia, el jueves a Alemania. Para esto instruí especialmente al cocinero para hacer el "Cloese", una especie de albóndigas agridulces. El viernes... el viernes ya no era gamelero. Yo no pregunté nada ni hice escándalo alguno. Me acordé del famoso proverbio de la Baronesa Von Rooshad, que dijo "ante situaciones confusas, no pida ni dé explicaciones".

La verdad es que la atmósfera era tranquila, demasiado y sospechosamente tranquila. Debí barruntar que algo se estaría gestando y que sería prudente andar con pies de plomo.

Por la media mañana, ya afeitadito e informado de las noticias del día, fui abordado con suavidad y en forma casi casual por uno de los tenientes de navío, un tipo amable, munido de una sonrisa compradora que no lo abandonaba ni aun cuando le servían una tortilla quemada.

-Che suizo, [el tuteo de arriba para abajo era norma permitida, no así a la inversa, que se consideraba desubicación] estamos tratando de hacerle una cargadita al médico...

-Señor, le contesté, a mí no me mire. El doctor es una persona seria; no lo entenderá, además es mucho más anti-guero que yo y por lo general estas cosas terminan mal.

-Pero no, suizo; la cosa está bien estudiada y no va a pasar nada. Necesitamos de vos un pequeño favorcito. No te vamos a mencionar y la responsabilidad es enteramente nuestra. En realidad te consultamos porque sos el Jefe de Comunicaciones, nada más...

El ablandamiento siguió un poco más y finalmente yo me entregué.

-Bueno Jefe, ¿qué es lo que quieren?

-Mirá, frugate un despacho dándole pase al doctor a un

Destacamento Antártico, pero hacelo bien, de forma que no se dé cuenta.

En aquella época, no se si ahora será igual, los pases llegaban telegráficamente mediante un Despacho al que le llamaban el "loco", por la sigla del origen.

Después de recorrer mi cargo y antes del almuerzo, entré a la receptora y al primero de mis acólitos que encontré sentado al pie del clásico receptor RAI, le di instrucciones precisas y me fui.

El médico, según me enteré después, esperaba un pase al exterior, por lo que tenía la costumbre de pasar cotidianamente antes de almorzar por mi boliche y ser así el primero en verificar el "loco". Así fue que se acercó al operador que andaba con los auriculares colocados y mirando sobre sus hombros, los ojos comenzaron a hincharse, mientras leía "pase a la DGPN – Dest. Antart...".

Entró en la Cámara muy agitado, el corazón latiéndole y la respiración entrecortada. El grupo lo estaba esperando y con dificultad reprimía las sonrisas, listos para hechar leña al fuego. A mí se me desgarraba el corazón, creo porque todavía no estaba acostumbrado a estas chanzas.

Recuerdo que uno del clan decía ...¿Pero usted doctor no estuvo ya en Melchior hace dos años?... -Debe tratarse de un error. Todo se aclarará... Consulte con el Segundo para ver qué camino se debe seguir para reclamar...

Tratándose de un asunto de gente más antigua, mi presencia allí me pareció peligrosa y me fui. Después, me olvidé del asunto hasta que a la media tarde se me aproximó algo nervioso quien me había enlazado en todo esto y me dijo con voz queda... -Mirá suizo, la cosa se ha complicado... En un descuido nuestro, el Doc. se lo fue a ver al Comandante. Vos sabés lo que pasa cuando lo sacan de la sies-ta... El Mandamás levantó presión, dijo que va a tomar car-

tas en el asunto. Pedirá una lancha y se está preparando para irse a Personal con una andanada de razones. En realidad queríamos que vos lo supieras porque vamos a tener que parar esto de alguna manera...

Aunque como participe menor, me sentí algo culpable y en parte responsable de este maranfio, por lo que respondí –No se haga problema Jefe, yo iré a verlo al Comandante y le explicaré...

-¿Te parece?...

-Después de todo, le contesté, si hay una cana, es mejor que la reciba un teniente recién ascendido que ustedes, que son más antiguos,... y uniendo la acción con la palabra, ya que la situación urgía, puse proa al palacio.

Está demás decir que los integrantes del grupo tripolitania estaban a pleno junándome al través de las persianas de sus respectivos camarotes, incluyendo el médico. En el instante que fui a golpear en demanda del mayordomo del Comandante, me frenó el brazo y me dijo... Lo siento suizo, pero la cargada tenía que llegarte a vos también. Ahora todos estamos en paz.

Hoy, mirando hacia atrás, me envuelven los recuerdos de muchos de los destinos que me tocaron y amén de los buenos y malos tragos, me asaltan este tipo de anécdotas y una sonrisa me invade las facciones y eso se lo debo a estos Oficiales con mayúscula, que alegraban siempre el ambiente de las cámaras, con esa sana picardía que nunca pasó del límite de lo prudente.

La tercera navegación fue más divertida; Puerto Belgrano, Golfo Nuevo y Ushuaia.

Como todo buque que se preciara de marinero, estaba plagado de ratas. Personalmente ello no me preocupaba, porque conservaban la cordura de navegar por los portacables del techo y no hacían mayor ruido.

Yo acostumbraba a dormir con los pies al aire siguiendo un consejo que me había dado mi padre, ello contribuía a mantener bajo control la regulación de la temperatura de mi cuerpo. Una noche comencé a soñar que me estaba clavando una tachuela en el dedo gordo, cosa posible por la abundante madera de los camarotes. Cuando el dolor llegó a cierto nivel, instintivamente moví la pierna y allí noté que venía colgando algo así como la pesa de un reloj de péndulo. Adquirí conciencia entonces de que me había mordido una maldita rata.

Nunca me había sucedido algo por el estilo, por lo que a la rabia que me embargaba por la vergüenza de tamaño atrevimiento, se despertó el temor de que me invadiera alguna peste, vaya a saber cuál, por lo que me apersoné al quiosco del médico.

Seguro que se va a tomar alguna revancha, me dije, no estando en mi conocimiento que él también me había gozado cuando me hicieron caer.

Le conté brevemente los pormenores del hecho y él, después de meditar un trecho me dijo –"vea teniente, en este buque, todas las ratas han sido vacunadas" y así sin más, se dio por terminado el asunto.

Pero yo no pude con mi genio de suizo y prometí para mis adentros una revancha de escarmiento.

Al fondear frente a Madryn, sabedor de que uno de los criaderos y almacenes de estas alimañas se encontraba en mi propio cargo, esto es dentro mismo de los botes salvavidas, pedí permiso al Segundo para llevarlos al muelle.

Dicho y hecho, junto con el cabo Pérez retiramos los espiches y las embarcaciones fueron hundidas una por una hasta la borda y de los compartimentos que encerraban los tanques de flotación comenzaron a salir, oportunidad en que un par de peanas daban cuenta de ellas. Con ello sen-

tí que mi orgullo estaba satisfecho y estimo que la lección fue aprendida porque nunca más sufrí tamaño atrevimiento, sospecho que también porque comencé a dormir con los pies tapados.

Al atardecer de uno de los días que permanecimos fondeados frente a Madryn, el mar se tiñó de rojo profundo, dando lugar a un espectáculo que jamás volví a ver. La causa de ello fue algo parecido a una floración de algas, pero no eran algas, sino "boga-avanti", unos crustáceos idénticos a las langostas de mar, de un tamaño que no pasaban los tres centímetros.

La cantidad era inconmensurable y pensé en arriar un tacho para el copetín [siempre es bueno algún motivo], pero al examinarlos no eran más que pura cáscara.

El espectáculo siguió con la presencia de unos pescados de metro y medio, los que abriendo sus bocas como un embudo contribuían a satisfacer su apetito. Detrás de los pescados aparecieron unos lobos que se dedicaron a aprovecharse de los anteriores distraídos; pero la cadena no había terminado aún, pues fue el Comandante, que armado de un máuser la emprendió contra los anteriores.

Nunca descubrí cuál sería su antagonismo contra ellos. El perjudicado fue el Jefe de Máquinas que sufrió por el taponamiento de las aspiraciones de máquinas.

Las navegaciones al Sur siempre fueron para mí una aventura, en cualquier tipo de buque que fuera, aun de Comandante. Esas madrugadas entre Comodoro y Cabo Blanco, con el mar en ocasiones tranquilo como agua de tanque, el aire limpio, el sonido acompasado de las máquinas y de tanto en tanto algo de humo que desde la chimenea, se colaba sin autorización por culpa del viento en popa. Todo ello me hacía recordar que estábamos en un soberbio y enorme buque, orgullo de la Armada... y pensar que encima nos pagaban por eso...

Ahora, en mi retiro, lleno de años encima, aunque trato de disimularlos en mi andar, siento envidia de aquellos que están en los puentes, en lugar de nosotros.

Pero aquel intervalo meteorológico no podía durar, sobre todo al Sur de Deseado. El cielo se cubrió con un manto gris, el viento aumentó y el mar no se opuso al anterior.

El *Pueyrredón*, fiel a su diseño, poca eslora y gran manga para mi gusto, comenzó a moverse como una gaveta, respondiendo a un movimiento similar al de una calesita con un grupo de rulemanes de menos en un sector. Había que tomarle el tiempo para saber que después de un roldo y sin solución de continuidad, agachaba el morro para escorar a la otra banda y luego metía la popa abajo.

Quien descubría este truco, sabía de antemano adónde apoyarse en su andar por cubiertas bajas y no se sentía invadido por esa sensación de haber perdido el Norte, requisito fundamental para no hacer un papelón.

A medida que las horas iban avanzando, el tiempo desmejoraba, al punto que el Segundo me llamó para informarme que yo había recibido el alto honor de ser investido de la Jefatura del cargo navegación [El titular se encontraba fuera de servicio].

Tenía que caerme a mí... Me fui al puente y repasé la derrota. Veníamos por estima desde Golfo Nuevo y a la nochecita deberíamos calzar en el Le Maire con tiempo sucio. El llamado tiempo sucio podría ser cualquier cosa, hasta visibilidad muy escasa y con este mastodonte el trance era peligroso. En aquellos tiempos, la navegación era a base de visibilidad, la sonda era algo inservible por las características del fondo. El radar que se lo habían arrancado a una de las lanchas torpederas, no era de mucha ayuda. La situación por satélite, el estigmógrafo y la ayuda de un buen radar, eran cosas lejanas, algo así como de Julio Verne.

Sólo podía contar con un par de sextantes, las tablas de cálculo lento [no había HO-214], los cronómetros y un ayudante que había adiestrado, del que hablaré más adelante.

Llegado el crepúsculo, intenté tomar las clásicas alturas a 120. Allí descubrí algo fuera de lo común; el horizonte tenía una gran similitud con un serrucho puesto de perfil. Esto va a dar cualquier cosa, me dije a mi mismo y así sería.

Recordé aquello de colimar balanceando el sextante lateralmente,... pero para qué balancear, si el alerón del puente era un ascensor.

Con mi paquete de datos, me refugié en un lugar tranquilo, centro de gravedad de aquel elefante, para darle a la tabla de logaritmos sin equívocos.

134

Cuando tracé la primera recta, me invadió la sensación de que la cosa no iba a resultar bien. Fue en ese instante en que apareció un mensajero, algo verde de cara, con un mensaje del Comandante, invitándome encarecidamente a que le hiciera compañía mientras hacía los cálculos. Pensé en declinar tan placentera invitación, pero al fin cedí.

Así fui a parar allá, donde ambos costados del buque se unen en una popa crucero, donde uno podía gratificarse con esa sensación de subir y bajar tres metros, mientras lápices, reglas y otros adminículos rodaban de un lado al otro.

Cuando tracé la segunda recta, no pude contener mi disimulado asombro, porque no entraba en el gráfico.

Algo debió barruntar el Comandante por mi respiración entrecortada y fiel a su innata discreción, me sugirió que usara una Escala por la mitad. Personalmente he tenido ese golpe de vista propio de dibujantes y pintores y soy muy diestro en perspectiva, por lo que efectué una humilde sugerencia de usar una más pequeña, a lo que mi superior accedió sin cambiar un ápice su adusta expresión, dándome

ánimo para que trazara la tercera recta a toda máquina, cualquiera que fuese el espantoso resultado. Así lo hice y aún así, resultó un triángulo que se desplazaba por los bordes del formulario, pese a lo cual, agradecí por lo bajo a que está arriba.

-¿Dónde sospecha usted que estamos?... barruntó con voz queda, que me sonó como "aceptó la realidad que es lo único que te queda...".

Me tomé el mentón con la mano, como si con ello exprimiera mis pensamientos y coloqué el índice en un lugar fruto más de intuición parapsicológica, explicando que el lugar elegido era el resultado de una composición de la deriva, el viento y las corrientes imperantes.

-Ajum, respondió, como quien no tiene otra alternativa. Después de ubicar la posición en la carta, no había más remedio que ir al puente, aguzar la vista y encomendarse al buen Dios.

El tiempo empeoraba. No llovía, pero había mar y de aquel que uno recuerda después de muchos años, al punto que cada vez que el *Pueyrredón* metía la proa, la ola llegaba hasta el puente de señales y llovía dentro de la timonera, cosa curiosa, que se debía a la falta de calafateo de su piso, obligándonos a circular con ropa de agua.

Distraidamente observé en proa, munido de los largavistas, que estábamos por perder el ancla de babor, ello debido a que uno de los eslabones de la cadena se había abierto, tal vez por no haberla izado a tope. Eso fue gamela para mi gente, cabo Pérez al frente, los que aseguraron la misma con felicidad y mojadura. Acabábamos con ello cuando apareció parte del radiostilo del palo en la cubierta de popa; la ballenera de estribor cortó uno de los aparejos y también se rompieron los stays de la chimenea de popa, entre otras novedades. Todo se fue arreglando con medidas de fortuna, pero con ello quiero dar una idea de la fuerza de aquel temporal.

En medio de la semioscuridad, se entrevió un pico que lo asigné a "algún lugar" de la Isla de Los Estados, después de todo, el Comandante no podía quejarse de mi buena apreciación respecto de la ubicación del punto.

No se si ahora pasará lo mismo, pero en aquel tiempo un Jefe de Navegación de prestigio y pleno de recursos como yo me preciaba, no abandona el puente cuando las papas queman y por ello me prometí quedarme toda la noche. Después de todo, no dejó de ser entretenida. El Segundo encargado de que todas las cosas se mantuvieran en su lugar y bajo control, había dispuesto que todas las guardias se reforzaran. Así en el puente había un Jefe, un teniente de navío, dos cadetes y por supuesto... el suscripto... asesor de todos los anteriores.

Ya entrados con buena fortuna, como podrá apreciarse, en el tremendo embudo del Le Maire, constaté por marcaciones, que pese a haber colocado revoluciones para diez nudos, aquel mastodonte no avanzaba más que tres, luchando con el vendaval y el mar, pero después de todo, ... avanzaba. La travesía prometía ser una noche larga, bien larga.

Asistí a la, en parte jocosa, entrega de guardia del Jefe de Artillería al Segundo. Al salir al alerón para identificar la costa, se cerró el tiempo y no se vio más nada. El Segundo, al entrar a la timonera todo empapado y con la vista congelada, no pudo menos que dar rienda suelta a su genio exclamando "vea la guardia que me entrega Jefe"...

Del obsoleto pequeño radar, ni hablemos, no quedaba más que la estima, pero qué estima podía hacerse con una diferencia de siete nudos con lo real. Como era yo una persona de grandes recursos, confié que con mi suerte despejaría y así fue después de cuatro horas, con lo que pudo tomarse la tremenda decisión de cambiar el rumbo hacia el canal.

En fin, aparecieron las pequeñas islas que nos dieron algo

de reparo y los pasajeros que estaban fondeados en los coys asomaron las narices y allí mismo el cabo Pérez los enlazó, procediéndose a recoger el producto de la cena mal digerida, distribuida por todos los rincones, incluyendo la chimenea de proa, víctima de los que anidaron en el puente durante las guardias nocturnas.

Avanzamos por los canales con ese viento fuerte tan característico y esa vista maravillosa a la que nunca renuncié y a la que tuve oportunidad de volver a gozar merced a la gentil invitación de un Jefe de Área que supo intuir mis más íntimos deseos.

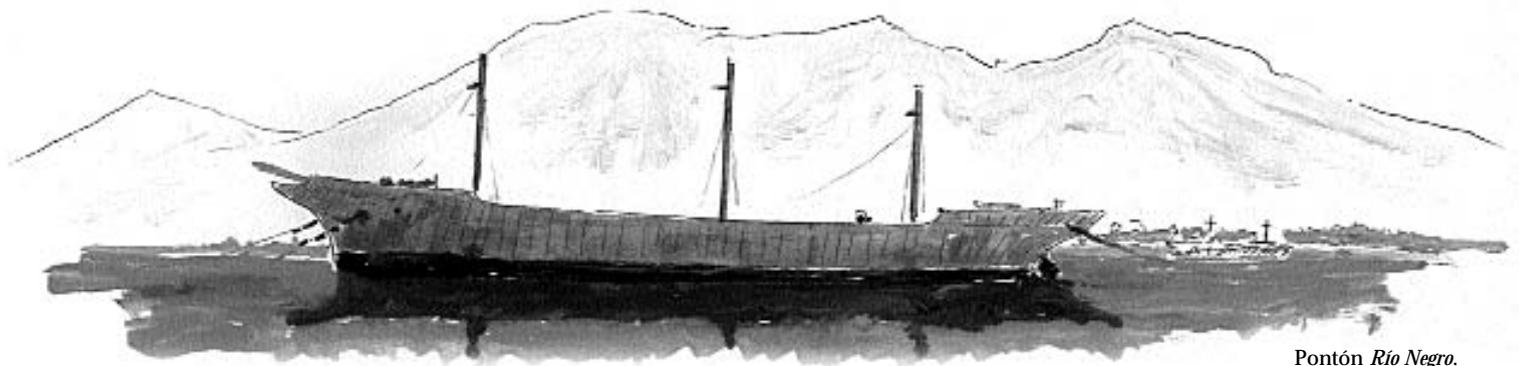
Pocos son los que pueden apreciar cuanto me felicité del hecho de poder volver a pisar el suelo de Ushuaia, ciudad a la que visité repetidas veces estando embarcado o como Segundo de la Base.

Olvidé decir que en este viaje llevábamos a un ingeniero naval y a dos alumnos en su último año de curso.

Entre los Oficiales, se pensaba que los habían enviado para estudiar en qué aspectos podía mejorarse la arquitectura naval de los buques y en voz muy muy baja, se había hecho correr que al término de la Etapa, debían informar sobre la conveniencia o no de retirar de los camarotes de oficiales los laboratorios, ello no precisamente en tren de ahorrar tuberías, sino por la deleznable costumbre que suponían que practicaba un grupúsculo de Oficiales carentes de ciertas barreras en materia de costumbres sanitarias.

Lo cierto es que aquéllos aún no se habían integrado a la mafia circundante, tal vez por falta de tiempo, por lo que circulaban siempre juntos charlando sobre temas extraños para nosotros, como si pudieran contagiarnos de alguna peste ignota. En el fondo era timidez.

En realidad, el motivo verdadero del embarco residía en efectuar una inspección al casco del pontón *Río Negro*, un



Pontón Río Negro.

136

viejo transporte de la Armada que fue utilizado como depósito de carbón por años y ahora con el advenimiento del fuel-oil, no tenía razón de existencia. La Armada, dotada de un gran espíritu fenicio, había puesto en el barco los ojos, con esperanzas de trasformarlo en divisas y con ello satisfacer diversas falencias en materia de consumos. El Jefe del grupo aprovechaba esta magnífica oportunidad para adiestrar a los aún alumnos, para que recibieran un poco de agua de mar antes de hacer algún desaguizado.

Así fue que fondeamos a unos 500 metros del Río Negro y allá fueron transportados a la mañana, munidos de una canasta de sandwiches, algo de líquido y un tremendo martillo para probar la bondad del casco, conviniéndose de antemano que una vez finalizado el cometido, pidieran a viva voz la lancha.

El clan de tenientes de navío, siempre atentos a las ocasiones que la ventura personal de cada uno brindaba en la bandeja cotidiana, afiló los dientes.

Para comenzar, dieron orden estricta de vigilar el pontón para detectar cualquier señal para avisar prontamente al Oficial de Guardia, por supuesto, uno de ellos.

A media tarde se comenzaron a escuchar alaridos cada vez

más afónicos, a los cuales se hacía caso omiso, mientras todos gozaban de la desesperación de aquellos pobres condenados. Cuando ya no les quedaba voz, comenzaron a golpear el casco con la maza, sintiéndose tan fuerte como las campanas de la iglesia llamando a misa.

Las lanchas, que hacían repetidos viajes al muelle, tenían instrucciones de arrancar desde el buque en dirección al pontón y después de un trecho, caían hacia el primero, dándoles primero ilusión y luego frustración.

Ya casi era de noche y a aquellos pobres condenados el ánimo se les había ido a los doblefondos. Alguien se apadó y los fueron finalmente a rescatar.

Volvieron ateridos de frío, cansados, sucios y maldiciendo por lo bajo, pero el Oficial de Guardia tuvo el buen tino de calmarlos, aclarando que a bordo no se escuchaba pedido alguno, muy posiblemente por el viento, que se llevaba las voces. La próxima vez, aconsejó, deben llevarse una pistola Very. Está demás decir que el grupo de tenientes se paseaba por cubierta con disimulo tratando de no perderse el espectáculo.

La Base se encargó de reparar la sonda, el radar y otras averías y nos puso otra vez en condiciones de partir y yo de-

jé de ser el titular del cargo navegación, circunstancia por la que el Comandante debe de haberse sentido aliviado, aunque no me lo demostró en lo más mínimo.

Un día, antes de esta famosa navegación, el cabo Pérez vino a verme, manifestándome que el marinerito González lo tenía harto, por no citar las palabras textuales. Cada vez que lo enviaba a limpiar las lanchas, a lavar mamparos, a cualquier cosa, se transformaba en humo, obligándolo a emplear un valioso esfuerzo de su parte en una investigación de paradero de persona desaparecida. En el fondo, el cabo Pérez pensaba al principio en estas circunstancias que González bien podría haberse caído al agua.

-Déjemelo nomás, le respondí tranquilizándolo y le pedí que me lo mandara. Gonzalito recibió entonces la orden de seguirme a todos lados, excepto, claro está, durante mis sesiones de intercambio de información en la Peluquería.

Era así inevitable que surgiera entre ese muchacho y el suscripto una corriente de simpatía en cuanto descubrí su interés por aprender algo más que lavar mamparos. Fue así que Gonzalito recibió clases sobre como alinear el sextante, tomar alturas, leer las cartas, conocer el Patrón de Signos, como llevar la Derrota, compases, estado de los cronómetros, etc.

Confieso que me divertía enseñándole, máxime que mi ayudante recibía las clases con la avidez de quien las espera con gusto.

Durante el tiempo que estuvo conmigo, su comportamiento mejoró muchísimo, transformándose en una persona madura, pausada, meticulosa. Gonzalito había descubierto lo que ambicionaba, ser alguien importante, dentro de la tripulación, por sus conocimientos.

Unos años más tarde, me crucé con el Jefe de Navegación de la Libertad, quien me lo pintó como un cabo extraordina-

rio, fuera de lo común y lo que es más, casi podía calcular la posición. Esta conversación surgió porque el ahora cabo González no se cansaba de repetir que yo era el origen de sus conocimientos.

Ese tipo de noticias es la que hace que uno saque pecho, de tanto en tanto.

El viaje de regreso fue más placentero, al punto que el Comandante, enterado de la sangrienta cargada que sufrieron los ingenieros, promovió sin más demora un copetín en la cámara de oficiales, justo cuando estábamos enfilando el Le Maire de regreso, lo cual probaba que en ocasiones podía comportarse.

Durante tal desagravio, el Segundo desarrolló un tocante discurso, alabando la importante y valerosa tarea desarrollada, pese a todas las circunstancias adversas, disculpándose en nombre del buque de la mala calidad de las comunicaciones. Ello entrañaba una patada para mí, pero como lo dijo en voz baja, no me di por aludido.

Cuando la perorata finalizó, el mayordomo trajo en una bandeja de plata tres medallas, que fueron entregadas ipso facto. El Jefe de Máquinas se había esmerado, el redondel de bronce tenía grabado "Orden del Baño" y los paquetes, un pan de jabón de tocador.

Como sospecharán, la Mafia había hecho correr la versión de que estos tres nunca se bañaban, lo cual no se ajustaba para nada a la verdad.

Ya más tranquilos, el buque fue trepando en latitud y un día amarramos en Buenos Aires en Dársena A. Las calderas se apagaron y los sonidos internos se aquietaron.

La gente salió con licencia y los locales no perdían el tiempo en despedirse. Esa sensación de buque semimuerto la habrán sentido alguna vez.

La Cámara habíase reducido a unos pocos solteros y a algún teniente de navío que no había sabido transferir su cordón de guardia.

Una mañana me llamó el Jefe de Reparaciones, del cual también yo dependía para trabajitos elegidos, por mi físico privilegiado y dotes personales.

Sin andar en rodeos me puso al tanto de que al día siguiente llegaría un ingeniero, con la misión de inspeccionar los doblefondos de máquinas, a fin de constatar si desde esos extraños lugares se podía espiar para arriba, ya que los líquidos del cárter de las máquinas desaparecían misteriosamente, al menos así se pensaba.

138 Como el ingeniero desconoce el buque, sería muy interesante que usted lo acompañara.

Recibí la orden como quien se ha sacado un pasaje gratis a Miami y no podía ser menos, por el honor que se me otorgaba y la tamaña responsabilidad que se me confería.

Como no estaba dispuesto a reemplazar mi uniforme, me agencí del pañol de Contaduría dos monos overall, rogando que al ingeniero le viniera en medida.

Cuando llegó, le sugerí que abandonara todo su atuendo, hasta sus prendas más íntimas. Al recibir tal consejo, su expresión de fina alegría fue cambiando y se tornó más amigable, pese a ser yo menos antiguo, pensando creo yo, que siempre hay que estar bien con el baqueano.

Así fue como comenzó. Tuvimos que entrar por una lumbrera de la última cubierta, de esas cerradas por unos veinte tornillos, para deslizarnos hacia la sobrequilla del Pueyrredón.

Me considero afortunado, porque son muy pocos los Oficiales que han llegado a conocer estos espacios a plenitud, di-

vididos cada dos metros por un tabique, con un orificio pasa-hombre, gentileza de los Arquitectos Navales.

A medida que avanzábamos en dirección a donde se posicionaba la sentina de máquinas el nivel de agua subía; agua... es un decir, porque en realidad era una mezcla de grasas, valvulina y no sé qué otro excremento que nos empapaba hasta los huesos.

Había que deslizarse en posición supina y en ocasiones era menester meter la cara hasta la nariz en aquella sopa grisenta.

Pude adivinar los pensamientos que invadirían la mente del Ingeniero inspector, porque estimo que eran muy similares a los míos.

Las linternas aún iluminaban, aunque protestando porque no había tenido la precaución de renovar las pilas y allí fue cuando se me ocurrió, maldita sea, parecerme en algo a las picardías del grupo Tripolitania...

-¿Está Ud. bien?, le pregunté.

-Más o menos, me contestó. Para decir verdad era honesto. Para mí estaba haciendo un esfuerzo tremendo para no decir... "Es suficiente, ya vi lo que quería"...

-Espero que a nadie se le ocurra cerrarnos la salida..., porque no dejé ningún cartel...

Pobre ingeniero, mi imprudencia podría haber costado la pérdida de un buen profesional. En realidad, en el fondo, la duda también la tenía yo... pasan tantas cosas...

Por mi mente pasó el recuerdo de aquellos infelices obreros durante la construcción del Great Eastern, cuyos esqueletos fueron hallados recién cuando el buque fue desguazado.

Mi acompañante debe haberse puesto nervioso, amén de ser un poco gordito, por lo que se atoró en un pasa-hombre y no salía del brete, tal vez por el cinturón flojo.

La oscuridad reinante y la envaselinada de manos y piernas y el hecho de que cada tentativa de salir le significaba meter la nariz repetidamente en ese líquido grasiento, no ayudaba en nada. [Hacer respiración artificial en esa situación sería francamente desagradable].

La angustia, confieso en algo ... bastante compartida, hacía del momento algo grotesco. Yo tratando de calmarnos mutuamente y él tratando de descubrir qué diablos le impedía salir de aquel atolladero.

Dado que puedo escribir esto y no estoy de luto, comprenderán que ambos superamos el trance y después de un lar-

go y meticuloso baño, ambos resurgimos ante el Jefe de Reparaciones. Allí me enteré de que la inspección tenía como objetivo determinar si el buque estaba en condiciones de ir al exterior.

-Bueno, ... un viaje al exterior..., justo premio a tamaño esfuerzo.

Pero el destino me tenía deparado un viraje a la Escuela Naval, por pedido de su Dirección.

Fue así que tuve que despedirme de este hermoso como divertido destino, ello por obra de un grupo de Tenientes de Navío que sabían mantener un ambiente cordial. En cuanto al Comando, creo que también la pasaba bien y festejaba en privado estas humoradas, mantenidos informados por obra del Mayordomo o... del Peluquero, [Era de suponer que yo no era el único cliente].

S E P E L I O S	
EMPRESA LA CAPITAL	
S. Cámara S.R.L.	
FUNDADA EN 1895	
CONTRATADA POR LA ARMADA EN 1942	
EMPRESA PRESTATARIA DE SERVICIOS SIN CARGO A LOS AFILIADOS DE DIBA	
ADHERIDOS AL SEGURO DE SEPELIO ACTUAL	
	
	San Juan 3582/ 90 1233 - Capital Federal Tel: 4931-0139 4932-5863